

TRES MANERAS DE HUMILDAD

Cuaresma 2021 – (DÍA 30)

Meditaciones de San Alberto Hurtado, SI.

Material extra (optativo)



TRES MANERAS DE HUMILDAD¹

Hay en los Ejercicios una unidad de pensamiento verdaderamente extraordinaria. Una idea que domina desde el Principio y Fundamento hasta la contemplación para alcanzar amor. Todo va ordenado en los Ejercicios "*a ordenar su vida sin determinarse por afeción alguna que desordenada sea*". Y el que no ve este fin, habrá de encontrar únicamente una serie de meditaciones desligadas las unas de las otras y sin ninguna trabazón ideológica. En cambio bajo este otro punto de vista, la luz es total.

Ese "*ordenar*" la vida se ha de traducir en una elección de estado o de género de vida en que esté eliminado el desorden. En el Principio y Fundamento se sentaron ya las premisas de esta elección. Ley contra el pecado: ni por todo el oro del mundo hacer un pecado mortal o venial. Ley contra el desorden: no elegir cosa alguna por sí misma, sino únicamente en cuanto me sirve, me ayuda para el servicio divino. Ley de perfección: solamente queriendo y eligiendo lo que más me conduce al fin para que somos creados. A estas leyes, en la segunda semana, se agrega, o mejor dicho se aclara la tercera ley de perfección: lo que más me conduce, es lo que Jesucristo ha elegido, como Él lo ha elegido y por los motivos de elección que Él ha tenido ante su espíritu.

Como se ve en los Ejercicios todo va ordenado a la santidad: a la entrega total del hombre en manos de su Padre Dios, por un motivo predominantemente de amor, en un camino que no es otro que Cristo. Desligado de este ideal los Ejercicios no tienen sentido. De ahí que esta meditación de tres maneras de humildad tiene toda su intención a colocar al ejercitante en la 3ª y más perfecta manera, en la cumbre de la vida cristiana. En realidad lo más alto de la vida cristiana está en la 2ª manera de humildad: hacer siempre lo más agradable a Dios, pero para llegar a esta perfección del 2º me hace subir al 3º, me aficiona al dolor con Cristo dolorido ya que el dolor, la humillación, el sufrimiento es lo que me desordena alejándome del verdadero camino de Cristo.

Fruto de esta meditación para el que la haga con auténtico espíritu y voluntad: un ligarse entero a Cristo, un afeccionarse al Señor con toda su alma, un vivir la vida de Cristo sin temores, ya que los dolores que son lo más temible, serán para él una ambición de su alma, si el Señor se digna concedérselos. Notemos que toda perfección

¹ SAN ALBERTO HURTADO, *Un disparo a la eternidad*, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 2004³, p. 281-290.

que no marche por este camino va descaminada... y esto no es un punto de escuelas: en esto no hay diferencia entre benedictinos, franciscanos, jesuitas: la manera de decirlo será distinto, el camino de llegar a la conclusión será diferente pero la conclusión, es igual en todos los que quieren seguir a Cristo. La santidad está en evitar el pecado, todo pecado, todo desorden; en hacer lo que Cristo me propone, su santísima voluntad de una manera lo más cabal posible: y para evitar mis ruindades, me afecto a lo que repugna a mi naturaleza, para abrazarlo en caso que el Señor me llame por ese camino.... si no me llama, no; pero si estoy preparado, más aún llego a desearlo porque Cristo lo abrazó por mí.

Esto supone, claro está, almas generosas, grandes, esforzadas.... personas de mucho subiecto, que mucho se querrán afectar en todo servicio de su Rey y Señor (cf. EE 97). Pero no temamos: esta es la perfección cristiana, Cristo nos llama a ella, luego nos envía su gracia (cada niño nace con una marraqueta debajo del brazo; a oveja trasquilada Dios le mide el viento; Dios da la lana a medida del frío: proverbios todos que indican que la ayuda de Dios es proporcional a la situación en que Él coloca a los suyos). Y si como cristianos tenemos gracia, como jesuitas, llamados en forma especialísima a este género de vida tenemos gracias muy especiales. Entremos, pues, en esta meditación con mucho ánimo y liberalidad con Dios nuestro Criador y Señor, y arrojando en Él nuestra alma y sus aspiraciones.

Composición de lugar: El Calvario y Jesús en Cruz, que me dice: Si quieres ser perfecto, ¡ven! La Santísima Virgen junto a la Cruz que intercede por mí.... y encima, el Cielo abierto y el Padre Eterno que se complace en su Hijo.

Petición: Afectarme mucho a la verdadera doctrina de Cristo (cf. EE 164). Conocimiento interno de la doctrina de mi Jesús, para mucho afectarme a seguirla...

Después del ejercicio de la inteligencia (banderas); de la voluntad (tres binarios), vamos a entrar en este ejercicio del afecto... vamos a emular a los que van más cerca de Cristo. No obraremos por interés, sino por emulación, por ambición de amor, lo que es propio de los corazones más nobles y generosos: es sólo entre éstos que hay pasta de apóstoles.

Primera manera de humildad.

Este primer grado consiste en hacer reinar en mí, en establecer en mí una voluntad tan dispuesta al servicio de Dios, que aún ante lo más seductor, ante la tentación más vehemente para mi sensibilidad yo no delibere de cometer o no una acción gravemente pecaminosa.... Ni aunque se me ofrezca ganar todo el mundo, o perder la misma vida...

Esta disposición habitual es necesaria para mi salvación, forma los buenos cristianos, y llegado el caso, al martirio. Debemos ponernos con frecuencia frente a esta hipótesis, afectarnos ante ella, hacer maniobras espirituales, y sobre todo pedirla con mucha insistencia: "*No permitas que me separe de ti...*".

Notemos que hay dos maneras de deliberación. Una manera, que en ninguna forma constituye pecado y es aquella propia de toda tentación. Quiero estar y mantenerme en el servicio de Dios, pero me asalta la seducción y me presenta, me refriega por la imaginación los agrados del mal, sacude mi espíritu y a veces mis

sentidos. Se me ofrecen muy claros los dos extremos: el servicio de Dios, mandado, voluntad del Señor -a veces no veo en absoluto su paternidad, su bondad...-, y al otro lado, mi naturaleza sensible que como bestia hambrienta reclama alimento.... Esto no es deliberar, no es pecar: es merecer, es guerrear como buen soldado por Cristo. ¿Dónde estabas, Señor, cuando yo sufría aquello? Dentro de ti, hija mía, dándote fuerzas...

Y hay otra deliberación, la cual sí, ciertamente, es pecado: cuando ya he transgredido en mi interior, y dudo únicamente de su transgresión externa (aunque éste "externo" quede solo en el pensamiento). Omito por un instante el sentirme obligado a omitir lo vedado, o a hacer lo preceptuado, y discuto conmigo mismo los cómodos y los incómodos de hacer u omitir lo que el Señor condena. Ya en mi interior he transgredido, al admitir como frente de valer, como principio de orden interno la seducción prohibida de la creatura.

Hemos de aguerrirnos en este primer grado de amor de Dios fortaleciendo nuestra voluntad con meditaciones repetidas de quién es Dios, de sus derechos, de la santidad de su ley, de la fealdad del pecado, del infierno; de todo lo que afirma en el alma el deseo de la virtud, y claro está que los motivos superiores son los del amor de Cristo que sí llevan más lejos, fortalecen en mi alma este grado inicial, pero no me olvide de pensar que el amor de Cristo es incompatible con todo hábito de mancha consentido en mi espíritu.

Este primer grado no es toda la vida cristiana, no es más que su fundamento. No hay casi que detenerse más aquí, pues fue el fruto de la primera semana, pero no deje de rogarlo porque a veces su cumplimiento exige el heroísmo total: para una madre aceptar a los hijos que Dios quiera enviarle, no hacer un aborto, aunque peligre su vida, no aceptar ni aun al marido en su vida íntima si ha de ser en forma pecaminosa, romper un pololeo que es camino de pecado. No aceptar un puesto si ha de ser colaborando formalmente con los enemigos de la Iglesia... Y en algunos casos, es el martirio liso y llano. Los Macabeos... Eleazar, sacrificio de Isaac, San Sebastián, Santa Perpetua... Nuestros Mártires Canadienses, Japoneses, Bobola con todo su séquito de sufrimientos.

Y evitar todo lo que me lleva al pecado: un pololeo peligroso, cortar el corazón cuando se opone la ley de Dios (el problema cotidiano en las oficinas), el mártir de la lengua...

Segunda manera de humildad.

El segundo grado consiste en hacer reinar en mí disposiciones afectivas tales, que ante lo que solicite vivísimamente mi sensibilidad (ya sea una amenaza o un llamamiento), yo no sea en deliberar de cometer un pecado venial. Hay que llegar a obtener un estado habitual, que no excluye, claro está, las debilidades pasajeras. Esta disposición es la que constituye al hombre como amigo de Dios, lo hace ser "capaz de ser instruido por Dios", forma a los santos y a los perfectos; es la gran condición de la fecundidad apostólica, por su pureza total de intención.

Esta segunda manera de humildad mira a los pecados veniales plenamente deliberados, que son los que podemos evitar. Porque faltillas, hijas de inadvertencia

en las que la responsabilidad no es plena, son inevitables. Sólo María Santísima tuvo el singular privilegio de verse libre de toda mancha, ¡tota pulchra!

Pero las faltas veniales plenamente deliberadas, convendría a toda costa que nos pusiéramos en la firme resolución de evitarlas: murmuraciones -que son tan frecuentes-, detracciones, lecturas peligrosas, faltas de respeto con Nuestro Señor, bromas molestas, y mucho más faltas deliberadas de caridad. Todo lo que es pecado venial, que esté a mil leguas de mí. Los santos lo comprendieron: San Juan Crisóstomo decía que prefería ser poseído del demonio antes de cometer pecado venial. Santa Catalina de Génova, que con gusto se arrojaría en un océano de fuego ardiente por evitar la ocasión de un solo pecado venial, y que allí permanecería permanentemente si para salir fuera menester cometerlo. San Alonso Rodríguez exclamaba: "Señor, haced que yo sufra todas las penas del infierno antes que cometer un solo pecado venial". Y es que, como decía San Juan Crisóstomo: "Si amáramos a Cristo de veras, juzgaríamos más grave la ofensa del amado que el fuego del infierno".

Más que insistir en los castigos del pecado venial, miremos, para resolernos a detestarlo más, lo que debe ser para nuestro Padre Dios y nuestro Redentor Jesucristo. Nuestra alma, el alma de su hijo, se afea, se empaña.... no ofrece a Cristo ese deleite pleno que tenía derecho a esperar de ella. Y si yo con mi santidad pudiera darle a mi Señor un poquito más de consuelo y alegría ¡por muy bien empleados podría dar todos mis sacrificios! ¡Un poquito más de amor a quien tanto me amó!

Mi alma se debilita... pone en peligro la delicadeza y fervor del amor haciendo que prevalezca el espíritu de temor sobre el amor filial. Es una concesión a alguna inclinación torcida y viciosa que se va arraigando, debilitando a la par las fuerzas de la voluntad. De las cenizas de ese deseo malo, brota uno nuevo más ardiente que el anterior. Amengua el amor de Dios, porque lo que concedemos a los amores no rectos lo quitamos al amor de Dios: esos otros amores arden con combustible robado. El alma se va atando con hilos a esta tierra... y aunque conserve sus alas, ¿de qué le sirven si sus patas están atadas a la tierra?

La luz del alma se amengua. Cada pecado venial es como una nubecita que se interpone entre nosotros y el sol, que es Dios. Tantos pueden ser los pecados que ese nublado sea espeso, oscuro y apenas si nos envía su luz... Sólo a los limpios de corazón se ha prometido ver a Dios.

Nos priva de un grado de gracia. No nos quita ciertamente el estado de gracia, ni disminuye la gracia que tenemos, pero sí nos priva de otras nuevas gracias que Dios dispone para los generosos. Y puede llegar a tanto que el alma se va disponiendo para una caída grave. Santo Tomás, tan poco amigo de exageraciones, afirma: "Quien peca venialmente... desprecia algún orden, y con eso acostumbra su voluntad a no sujetarse en las cosas menores al orden debido; se dispone a no sujetar su voluntad al orden el último fin, eligiendo lo que de suyo es pecado mortal". La repetición de veniales nunca llega a constituir el pecado mortal, pero el alma puede llegar a tanto en su debilidad que casi insensiblemente, sin percatarse dé el paso fatal: como la muerte por

consunción y por anemia que es como el apagarse del fuego, agotando el combustible.

Pero no es nuestro ánimo en esta meditación pintar los males del pecado venial, sino mostrarle al alma que está adherida al mal en alguna forma, que no puede considerarse presta para adherirse a su Padre, sin afección alguna al desorden. Hemos de examinarnos si estamos libres de estas adhesiones terrenas, y para estarlo en forma sincera, San Ignacio nos indica que no basta no querer el pecado venial, sino que hemos también de aborrecer el desorden de las cosas: no hemos de querer nada por sí mismo, nada, nada... es el Principio y Fundamento que reaparece en la cumbre de los Ejercicios con su luz tan clara. Todo lo hemos de querer en Dios, conforme a la voluntad divina, solamente queriendo y eligiendo lo que más. Elegir ¿qué? Lo que más... Aquí está toda la perfección de los Ejercicios: no hay para qué ir más lejos, esta es en realidad toda la aspiración de un alma que aspira a la santidad. Por ejemplo Mateo Talbot, obrero, que renuncia a un espléndido puesto por uno muy modesto, pero que le permitía oír misa cada día.

Tercera manera de humildad

Aquí ha encontrado San Ignacio una fórmula que incluye todas las leyes de santidad, de buena y sana elección, las normas de razón y las de revelación; las que vienen del Principio y Fundamento y las que nacen de la imitación de Cristo Nuestro Señor. El motivo de esta manera de humildad es el ejemplo de Cristo Nuestro Señor. Cuando no haya para determinarse motivo de pecado ni de desorden, "*cuando la alabanza y gloria de Dios sea igual en ambos extremos...*", queda siempre un criterio definitivo: "*Para parecer e imitar más perfectamente a Cristo Nuestro Señor quiero y elijo más pobreza con Cristo pobre que riqueza, oprobios con Cristo lleno de ellos que honores; y deseo más bien ser tenido por vano y loco por Cristo que primero fue tenido por tal, que por sabio ni prudente en este mundo*" (cf. EE 167).

La primera manera de humildad mira al infierno, y cierra sus puertas; la segunda cierra las del purgatorio: ambas abren las del cielo. La tercera no mira al infierno, ni al purgatorio, ni al cielo, ¡mira al Calvario a Jesús Crucificado y corre a abrazarse con la cruz de Jesucristo!.

San Pablo repetía: "*En cuanto a mí ¡Dios me libre gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo*" (Gál 6,14). El Padre La Puente cuenta que el Padre Baltasar Álvarez se alegró mucho al oír que murmuraban de él, y dio como razón: "*Ahora comprendo que Nuestro Señor me tiene entre los suyos*". Santa Teresa dudando si tener o no rentas para una fundación escribe: "*Algunas me tenían convencidas de tenerlas, pero en tornando a la oración y mirando a Cristo en la cruz tan pobre y desnudo no podía poner a paciencia ser rica. Suplicábale con lágrimas lo ordenase de manera que yo me viese pobre como El*".

El Padre Doyle, tan alegre y campechano escribe: "*Veo lo que ya sabía hace años, pero no lo aceptaba: que Dios me pide la práctica del tercer grado de humildad, con toda su perfección, en cuanto yo soy capaz... Dios quiere que no me contente con la vida de religioso mediano; quiere que me haga guerra incesante a mí, a mis pasiones, inclinaciones, malos hábitos; que sujete y quebrante mi voluntad, que la mortifique en todas las cosas... Para esto tengo que esforzarme por cercenar de mi vida toda comodidad, escoger lo duro, ir contra mi*

natural inclinación y renunciar a la vida de gusto propio que hasta aquí he llevado.... El motivo para hacerlo así es el inmenso, profundo y verdadero amor del Corazón de Jesús para conmigo. ¿Podré yo hacer esto cinco, diez, veinte años...? ¿Podré llevar vida crucificada tan larga? Jesús no me pide sino que lo haga por este día, que pasa tan rápidamente, y con él el recuerdo del pequeño sufrimiento y mortificación sufrida; una vez pasado se acabó, pero la recompensa es eterna".

El Padre Antonio Blandi que fue maestro de novicios al fin de su vida fue acusado. El Padre Vicente Caraffa lo depuso solemnemente después de haberle hecho sufrir públicamente un capelo y lo retiró lejos de cuantos lo estimaban. Tres años después se descubrió la verdad; el Padre General sumamente afligido dio órdenes que fuese solemnemente rehabilitado, pero el Padre logró del Señor que la orden no se ejecutara a tiempo, para morir como Jesucristo entre oprobios.

Esta tercera manera de humildad consiste en mirar bien de frente esta verdad paradójica. Para librarnos escogió Cristo el modo humillante y doloroso: los que de alguna manera quieren participar de su obra deben dejarse tomar por este camino de la humillación y del dolor. Para esto no hay más que un camino: amar a Cristo humilde y doloroso, abrazar a Cristo sobre su cruz; ofrecer con Cristo nuestras manos a los clavos, nuestro cuerpo a los azotes, nuestra frente a las espinas. Esto es todo... El secreto de los santos y la última palabra del apóstol.

Para llegar a esta manera, orar, meditar, contemplar los sufrimientos de Jesús y de su Madre. En fin, mirar dos cuadros, dos vidas, dos opciones, dos destinos parciales o totales, temporales o permanentes que yo concibo como igualmente agradables a Dios, igualmente fecundas. Uno de estos cuadros está lleno de éxito, alegrías sensibles, gozos humanos. El otro es un paisaje austero, desnudo, sembrado de espinas: allí quemará el sol, helara el viento; los hombres se reirán de uno... andaremos solitarios, humillados, tratados de exagerados...

Y entonces nos preguntamos: ¿cuál de estos dos cuadros representa cándidamente en su conjunto la vida de Cristo? ¿En cuál de estos dos caminos puso Él su vida? ¿En cuál de ellos, para mejor seguir a Cristo debo yo buscar mi camino? ¿En cuál de ellos están las huellas de sus pasos? ¿Sobre el hermoso camino, florido, perfumado, delicioso; o sobre el camino áspero, pedregoso, solitario...?

Con toda honradez, yo debo decir: sobre el segundo, porque Cristo, "en lugar del gozo que se le proponía, soportó la cruz... se vació de sí mismo... se hizo obediente por nosotros... fue azotado... contado con los criminales... fue coronado de espinas y crucificado" (cf. Heb 12,2; Flp 2,7-8; Is 53,12). Más bien, escojo este camino. Si la gloria de Dios es igual, igual la fecundidad de acción, yo quiero estar con mi Maestro. Yo quiero aceptar sus preferencias. La sensibilidad se excita, rehúsa... ¡Paz, dulzura! ¡Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío! No se trata de excitarse, se trata sencillamente de decir:

Oh, Jesús, yo amo lo que tú amaste;

Oh, Jesús, ¡yo amo lo que tú más amaste!

Oh, Jesús, yo amo tu pobreza. Yo amo tus humillaciones. Yo amo tu misión de Salvador, tu cruz, tu ropa blanca...

Oh, Jesús, yo amo la suerte que tú deparaste a tus amigos, a tus Apóstoles, a tu

Madre.

Este espíritu hay que pedirlo, y hay que aprovechar todas las ocasiones para vivir dentro del espíritu de la 3ª manera de humildad. Aprovechar nuestros disparates, sin excusarnos; nuestros olvidos, sin defendernos; las reprensiones de nuestros superiores, sin amargarnos; nuestros fracasos, sin desalentarnos... Un desaire, una palabrita hiriente, una mala interpretación de mis actos, contestarlos desde el fondo del alma con un ¡Alabado sea Dios! ¡Bendito sea Dios!

San Ignacio conocedor del valer de estas pequeñas mortificaciones nos recomienda: "*Para mejor venir a este grado de perfección tan precioso en la vida espiritual, nuestro mayor y más intenso oficio debe ser buscar en el Señor Nuestro su mayor abnegación y continua mortificación en todas las cosas posibles*" (Regla 12 del Sumario).

Como dice el Padre Ponlevoy: "*Tender a este grado es esforzarse por ser un buen jesuita; llegar a poseerlo es ser perfecto jesuita; alejarse de él es ser mal jesuita; renunciar cobardemente a él es no ser ya jesuita de derecho y estar a pique de dejar de serlo aún de hecho*".

Porque este ideal está tan ligado a nuestra vocación, se nos pregunta al entrar si es este nuestro espíritu; y si no estamos en él, si al menos deseamos estar en este tercer grado, pues de lo contrario no se nos recibiría. Para recordarnos siempre esta orientación San Ignacio nos dejó la regla 11, que si bien no nos obliga a actos positivos continuos de humillación, nos obliga a tender en nuestra espiritualidad a ese espíritu de amar la locura de la cruz, nos obliga a ponderarlo delante de Nuestro Cristo y Señor y a pedirle a Él esta gracia grande.

Por otra parte si bien esta doctrina está explícitamente en la médula de la espiritualidad de la Compañía, forma parte de la espiritualidad de toda vida religiosa, más aún, es el alma de toda espiritualidad que tenga por centro a Jesucristo. ¿Y qué otra espiritualidad puede haber si Jesús no es el centro?

Coloquio: "*Pidiendo al Señor que me quiera elegir y recibir en esta tercera mayor y mejor humildad para más le imitar y servir, si igual o mayor servicio y alabanza fuere a la su Divina Majestad*" (EE 168).